

PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »

PROVINCIAS

Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.

HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMERICA

Seis meses..	38 rs.
Un año.	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.



LOS PERSONAJES DE LA SITUACION

Pues señor, yo no puedo ver con calma las injusticias, y por esto me propongo hoy defender á los señores de la situacion,—aunque no tengan defensa,—y probar que son unos pobrecillos en toda la extension de la palabra, y que es una crueldad tratarlos como los tratan los periódicos de oposicion.

Ellos tienen importancia,—es decir, lo que es importancia no tienen, pero se lo figuran,—coche gratis, buen sueldo, todas las cruces nacionales y extranjeras, etc. etc.; consecuencia de haber logrado la conquista de Jauja, como dijo el otro dia un diputado, que me los puso como nuevos; pero... ¿y la vida que pasan?... ¿Vds. creen que son dignos de envidia?... Pues están Vds. en un error muy grande, y se lo voy á probar con sólo hacerles observar cómo emplean los dias esos grandes personajes, conquistadores de Jauja; á la vida que llevan no podríamos resistir los hombres pacíficos y modestos, los oscuros ciudadanos que estamos en el mundo para que los políticos nos saquen los cuartos y vivan á costa nuestra.

Yo de mí sé decir que si me hicieran ministro, pongo por caso, habia de pensarlo mucho ántes de aceptar, y

no lo habia de ser sin ciertas condiciones higiénicas, porque siéndolo, como lo son estos de ahora, reventaba yo en cuatro dias, y esto me parece que no tendria mucha gracia.

Hablemos de los ministros, de estos pobres seres que deben ser depósitos de bilis y tener un humor de todos los diablos liberales, que deben ser los diablos más enredadores del infierno.

¿Les parece á Vds. que está recompensado con 6.000 duros de sueldo el trabajo de recibir todos los dias á todos los patriotas que están descontentos con lo que se les ha dado y á todos los que todavía no han podido meter la cabeza?... Ese trabajo seria superior á mis fuerzas; para sufrirlo se necesita tener mucha gana de ser ministro, se necesita mucho deseo de vivir en Jauja. El uno alega haber estado emigrado, el otro haber estado en presidio, aquel estar casado con la hija de uno á quien ahorcaron, este haber sido el primero que dió el grito en Chinchon, el de más allá haber quitado la lápida de la calle del Rey, para poner otra de la libertad de cultos, el de más acá haber sido el que descubrió donde vivia uno que fué de la policia en los ominosos tiempos, y le hubiera entregado si el policiaco no hubiese huido convencido de que lo mejor que hay que hacer cuando hay libertad y derechos

individuales, y respeto á todas las opiniones y democracia limpia, es echar á correr.

Pues, ¿y las señoras patriotas tambien que van á pedir para sus hijos, padres, maridos, tios y primos hasta el cuarto grado?... Una quiere una canongia para su sobrino, sin otros méritos que ser su tia una jamona de buen ver; otra quiere que su marido mejore de sueldo para mejorar ella de porte; aquella increpa duramente al ministro porque ha abandonado á su tio, que fué quien le hizo hombre; ésta alega ser viuda de un capitán de la milicia del año 54, y pide viudedad de comandante siquiera; otra solicita que á su esposo se lo traigan de Manila, adonde se fué por no vivir con ella como Dios manda, otra exige que á su marido ne le dejen venir de la Habana, porque ella se entiende y baila sola.

Y esto, todos los dias, á toda hora, en el ministerio, en las escaleras, en los portales. Hay para desesperarse y hacer dimision, pero ellos no se de qué masa son, que por eso no dimiten nunca.

Lo que más necesita un hombre para vivir con la mejor salud posible, es tener arreglo en las comidas. ¡Bonito arreglo el de un ministro! Casi todos los dias come fuera de casa, come á la francesa ó á la italiana, manjares llenos de especias, bebe vinos compuestos, toma helados,

—Sin embargo, tú mejor que nadie debias comprenderlo. ¿No ha de concluir uno por fastidiarse de lo que hace todos los dias?... ¡Estoy tan acostumbrado á todo eso!... ¡A fe mia, que habia olvidado completamente á esa jóven!... He estado en el palacio de Borgoña con Cavagnac, Montueil y otros varios amigos; Turlupin, Gauthier-Garguille y Gros Guillaume nos han divertido mucho. ¡Tienen mucha gracia, y estoy seguro de que irá á verlos toda la corte!... esos malditos hacen furor, sobre todo desde que han representado una escena bufa en el palacio del Cardenal, y Richelieu les ha permitido representar en el palacio de Borgoña, á pesar de las reclamaciones de los cómicos. Cuando salimos de allí, nos metimos en una taberna; estábamos de buen humor, y les hemos zurrado la badana á unos cuantos aldeanos que querian disputarnos una mesa; se pusieron á gritar como desesperados é hicieron llamar la ronda, pero cuando ha llegado ésta, hemos pronunciado nuestros nombres en voz baja, y los arqueros del rey nos han ayudado á poner en la calle á toda aquella canalla. Al fin, como era natural, nos quedamos dueños del campo. ¡En mi vida me he reido con más ganas!... Cavagnac se empeñó en comerse una tortilla sobre el rostro de un rollizo comerciante de harinas; el pobre hacia unos gestos terribles, lo cual nos hacia reir mucho; al fin, se salvó bebiéndose doce copas de aguardiente, y en seguida le hicimos rodar por la escalera... En fin, como debes comprender, todo esto me ha hecho olvidar completamente á la jóven... Sin embargo, hablaron allí de cierto bribon, y en seguida me acordé de tí, y por consecuencia de nuestra cita... ¡Y bien! ¿qué es lo que ha pasado?

—Señor marques, he cumplido vuestras órdenes, y hace una hora que esa jóven se encuentra en vuestra casa del barrio de San Antonio.

—¿Qué! ¿está ya todo terminado?... me parece que no ha hecho mucha resistencia.

—A decir verdad, ha subido al carruaje de bastante buena gana.

—¿Me hubiera gustado que hubiera sido más difícil la empresa!... ¡es una fatalidad que todo le salga á uno á medida de su deseo!... ¡Casi siento haberla hecho robar!... ¡no me llama la atencion!... casi estoy por hacer que la vuelvas á conducir adonde la hayas recogido... ¿Qué te parece, Touquet?... tendria gracia, ¿no es verdad?...

El barbero, á quien habia desagradado un tanto la indiferencia con que el marques habia sabido el resultado de su comision, contestó con cierto aire de frialdad:

lujo. En esta, la silleria era de terciopelo color de granate, y las paredes se hallaban cubiertas con la misma tela, adornada con grandes franjas de oro.

—No me ha engañado, dijo Touquet, mirando aquella magnificencia, cuando me dijo que habia hecho de esta casa un retiro encantador. ¡Qué lujo! ¡Qué riqueza!... ¡Cuánto dinero debe haber costado todo esto!... ¡Y sin embargo, dice que no es feliz!

Julia se habia dejado caer sobre un sillón, y parecia un tanto pensativa. El barbero la saludó, y salió de la habitacion seguido de Marcelo.

Marcelo tendria unos veintiocho á treinta años, era de poca estatura, recordete y sanote; era obediente y cuidadoso á toda prueba, pero dotado de muy poco ingenio é incapaz de llevar á efecto la más pequeña intriga. El marques, que necesitaba personas más listas, más activas y más emprendedoras, pero que apreciaba en lo que valia la fidelidad de Marcelo, no habia encontrado otra manera de conservarlo, que confiándole la administracion de su casa del barrio de San Antonio. Allí, todas las funciones de Marcelo, se reducian á una estricta obediencia á las órdenes que recibia. Nunca se ocupaba de las mil intrigas que tenian lugar en la casa, y hasta por lo regular ignoraba el nombre de las que durante un poco de tiempo reinaban en ella como reinas absolutas; todo esto le importaba muy poco, lo cual era una garantía de su discrecion y una gran cualidad para el empleo que desempeñaba.

—¿Conoceis á Chaudoreille? preguntó Touquet á Marcelo.

—Sí señor, respondió el criado lanzando un suspiro; le conocí... en cierta ocasion... ¡Bien desgraciada por cierto, pues fué causa de que pasara seis meses en la cárcel, sin haber cometido ningun delito!... Hará unos siete años poco más ó ménos, cuando un dia entré á echar un trago en una taberna, Chaudoreille se hallaba allí jugando con otros caballeros, y me invitó á que jugara con él. Yo acepté el ofrecimiento, jugué y perdí. Entonces él se colocó en mi lugar y me apuntó algunos escudos, diciéndome que iriamos en compania; desde aquel momento empezó á ganar de una manera sorprendente; yo estaba encantado al verle ganar de aquella manera, cuando nuestros adversarios empezaron á decir que hacia trampas; arrose una disputa, y en lugar de pagarnos se empeñaron en pegarnos una paliza, armando tal estrépito, que llegó la ronda y nos llevaron á la cárcel á Chaudoreille y á mí. Así fué como nos conocimos. Desde aquel dia he tomado tal aversion al juego, que no he vuelto á coger una baraja.

sudando, y tiene que largar un discurso, casi con la boca llena, para que se queden contentos los bobalicones que le dan el banquete. Así ven Vds. con cuánta frecuencia se ponen malos; es claro, las comilonas, ¿qué ha de suceder?... Con esos comistrajos de fonda pierden el estómago, y adquieren enfermedades que les costarán muy caras.

Y luego, ¿no les parece á Vds. un gran trabajo eso de tener que ponerse todos los días el frac, el chaleco blanco, la corbata idem y el corsé apretado para sentarse á la mesa?... Cuando yo me siento en casa á comer los garbanzos, con la bata y el gorro, y el pantalón flojito, y las zapatillas anchas, no puedo menos de decir:

«Bendito sea Dios que me libra de los trabajos que pasan los personajes de la situación, que á esta hora están todos los días de servilleta prendida, comiendo de etiqueta!»

Para algunos de los personajes de la situación, estas comidas de etiqueta son mayor tormento, porque, no estando acostumbrados, pasan los mayores trabajos, no sabiendo que hacer, y para comer, pongo por caso, un alon de perdiz sin echarle los cinco mandamientos, sudan más que si tuvieran que levantar y colocar en su sitio la columna Vendome, que acaba de derribar la Commune de París, dando una relevante prueba de la barbaridad que la distingue.

En una situación en la que todos están acordados, en la que todos son del mismo partido, podrá ser tolerable ser ministro, ó director, ó subsecretario; pero ahora que cada uno piensa de distinto modo que el compañero, que todos se miran con recelo, que el subsecretario, por ejemplo, es casi republicano y el ministro es casi moderado, y en otro ministerio, el primero es progresista de rompe y rasga y el subsecretario unionista, y en fin, unos y otros están viendo cómo se quedan solos y cómo envían á paseo á los amigos, debe ser una posición azarosa la de cualquiera de dichos personajes que tiene más que temer acaso de sus mismos aliados que de sus declarados enemigos.

Pero lo que debe ser una cosa muy agradable para los personajes de la situación, es leer los periódicos de oposición. ¡Anda! ¡anda! ¡cómo los ponen! Réprobos, cínicos, advenedizos, ignorantes, necios, vanos, hueros, tiranos... todos estos suaves calificativos les dirigen, y aún hay algunos que creen que se quedan cortos, y si no

les dicen más es porque temen hacer una excursión veraniega á los baños del Saladero.

Resueltamente, es una droga ser personaje en esta situación, como si dijéramos, de tumba y hacheros, y debemos las personas piadosas compadecer á los que lo son.

Cuando un ministro pasa en coche por la calle, los que le ven y le conocen, se dicen por lo regular:—¡Ahí va ese!... ¿Quién sabe lo que dice el transeunte? y tampoco lo repetiría yo aunque lo supiera.

Los señores de los demas partidos que aspiran á ser personajes también, los miran con odio y mala voluntad, y buscan todos los medios de mortificarlos en las Cortes, en la prensa, de todos modos, y en todas partes.

Un personaje de estos no tiene tiempo para decir un requiebro á su mujer; tiene que guardarlos para las ajenas, á quienes ve en reuniones y convites; no puede tomar la lección á los chicos, si los tiene, ni hacerles una cometa; no puede, en fin, disfrutar los goces de la familia y las delicias del hogar, porque siempre está fuera de casa, corriendo de acá para allá, oyendo á los tontos que le adulan, á los mal intencionados que le dicen mil claridades, á los que le piden llorando, á los que le piden amenazando, ocupado siempre en hacer los mayores esfuerzos para no caer, en evitar asechanzas y zancadillas, en agarrarse como un condenado al timón de la nave del Estado para no naufragar.

Nada, nada, señores, los actuales personajes, á quienes todo el mundo mira con malos ojos, son unos pobres hombres, y debemos admirar en ellos ese carácter especial que les permite sufrir lo que nadie sufriría... Es verdad que hay una circunstancia que atenúa mucho esos sinsabores; la de que ellos todo lo convierten en sustancia, y por figurar y hacer papelón, son capaces de cualquier cosa, y aunque los llamen perros judíos se quedan tan frescos.

Pero vosotros los que no teneis coche, ni tratamiento, ni gran sueldo, ni más cruz que la del matrimonio, si acaso, y la del gobierno liberal, no tengais envidia á esos personajes de azarosa vida, y de quienes tanto se habla y no favorablemente; mejor estais vosotros en vuestra oscuridad tranquila que ellos en sus ministerios, y envueltos en sus flamantes uniformes. La ambición los ciega, todo les sobresalta, de todo recelan, y el día de la caída... ¡oh! lo que es ese día es mucho más feliz que ellos el

mozo de cuerda de la esquina, que ahora está retozando como un burro con el ama de cria de enfrente.

Yo me alegro mucho de no ser personaje. No quiero que las gentes me odien ó se me rian, ni contribuir á que España no salga nunca de pobre, cobrando un sueldo que no sabría ganar, como les sucede á muchos que yo conozco.

Que Vds. lo pasen bien.

CARTA AL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA.

No se asuste V. E., Sr. D. Segismundo, que esta carta no tiene por objeto darle ninguna pesadumbre, como creo que se las darán muchas de las que diariamente recibe. No voy á pedir á V. E. ni g ni destino, poniéndole en el caso de negármelo, que es lo que probablemente haría, pero que supongo que nunca le será grato, ó concedérmelo, arrojando las iras de la Tertulia, que de seguro no creerá que soy un liberal bastante consecuente para sentarme á la mesa del presupuesto. Tampoco me propongo mortificar el amor propio de V. E. diciéndole que lo hace bastante mal, porque con decir que V. E. pertenece á la escuela economista, y que es además gran partidario del libre-cambio, dicho está que no es V. E. el que ha de salvar la Hacienda española.

Pero no es de eso de lo que quiero hablar en esta carta. Desde que la Hacienda española cayó en manos de los economistas, ya todos los que vivimos en el territorio comprendido entre los Pirineos y el estrecho de Gibraltar nos hemos hecho la cuenta de quedarnos como el gallo de Moron, cacareando y sin plumas, y cuanto más pronto acabemos creo que será mejor, porque al fin el martirio será mas breve.

Así es, que en lugar de ocuparme en criticar los actos de V. E. como ministro de Hacienda, voy á darle algunos consejos para que pueda aumentar en unos cuantos millones el presupuesto de ingresos, á ver si se logra enjugar de una vez ese condenado déficit, que siempre estamos enjugando y nunca logramos ver enjuto, acaso porque se riega con las lágrimas de todos los contribuyentes.

Pues señor, es el caso que yo he tenido la paciencia de leer los presupuestos que V. E. ha tenido la bondad de formar para que los españoles seamos felices en el

—Hacéis perfectamente, y os aconsejo que sigais con esas ideas.

En aquel momento bajaban Touquet y Marcelo la escalera que conducía al jardín, cuando unos gritos de

—¡Ladrones!... ¡Favor!... ¡Al asesino!... llegaron á sus oídos.

Estos gritos partían del jardín, y el barbero reconoció la voz de Chaudoreille.

—¿Qué será esto? dijo Touquet apretando el paso, mientras que Marcelo le seguía murmurando:

—¡Ladrones!... ¡Asesinos!... Es muy extraño; las puertas están cerradas y las tapias tienen diez pies de altura.

Asustado nuestro caballero al verse sin luz en el vestíbulo, se había vuelto al jardín, en donde, aunque un tanto velada la luna por las nubes, permitía, sin embargo, distinguir los objetos. Chaudoreille se puso á cantar al mismo tiempo que emprendía á cuchilladas con las ramas de los árboles. Pero de pronto, y á la entrada de un bosquecillo, se encontró delante de una figura blanca nuestro caballero, el cual se detuvo, exclamando con voz bastante alterada:

—¿Quién va?

Nadie le respondió, y no juzgando prudente repetir su pregunta, se decidió á volver á la casa. Pero en su turbación equivocó el camino, y al volverse se encontró con otro personaje que tenía en la mano una maza, con la que parecía dispuesto á aplastarle. Entonces fué cuando Chaudoreille sintió que le faltaban las fuerzas y empezó á pedir socorro.

Guiados por su voz, el barbero y Marcelo se encontraron bien pronto á su lado.

—¿Qué te pasa?... ¿Por qué alborotas de esa manera? le dijo Touquet.

—¿No ves á ese miserable que me está esperando allí para asesinarme, mientras que su compañero se oculta en ese bosquecillo?

El barbero se volvió hacia el sitio que le designaba Chaudoreille, y Marcelo dirigió la luz de su linterna hacia el mismo punto, lanzando al cabo de un momento una sonora carcajada, al mismo tiempo que exclamaba el barbero:

—Estaba seguro de que sería una tontería.

—¿Cómo tontería!... ¡Diablo!... ¿por qué no han respondido cuando les he dado el quién vive?

—Difícil sería, dijo Marcelo, porque la figura que has visto allá abajo es

Hércules, y la otra será probablemente Mercurio ó Marte, ó quizás haya sido Venus la que te haya dado tanto miedo.

—¡Miedo yo!... no, no he tenido miedo ni mucho menos... Sin embargo, se debe prevenir á las gentes cuando se tiene un Olimpo en el jardín... Además, sea Marte ó Mercurio, ya ha recibido seis ó siete cuchilladas de Orlanda, las cuales no le deben haber sentado muy bien, porque tengo la mano bastante pesada.

—¡Miserable! ¿y si esa jóven ha oído tus gritos?

—No es posible, dijo Marcelo, sus habitaciones dan al otro lado del jardín.

Touquet abrió entonces la puertecita por la cual habían entrado antes.

—Quédate con Marcelo, le dijo al caballero, el marques va á venir; si da algunas órdenes para mí, ven á comunicármelas en seguida. Pero delante del señor marques conténtate con oír y callar, porque si te se escapa la menor palabra, si haces otra tontería de las que acostumbras, quien se encargará de castigarte seré yo, y te prometo que te había de quedar memoria para toda tu vida.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, se lanzó dentro del carruaje que le había conducido, el cual partió al galope. Chaudoreille, lleno de alegría al pensar que iba á hablar al marques, y que quizás conseguiría obtener su favor, gracias á sus grandes cualidades, cogió á Marcelo por el brazo, y recordando que era de un carácter muy dulce y muy pacífico, y bastante crédulo, daba mil gracias á Dios por haberlo encontrado.

El barbero se bajó cerca de su casa, pagó á la gente que llevaba, despidió el carruaje, y se dirigió á su morada, porque el marques debía ir á verlo á las diez, y no debían tardar mucho tiempo en dar. Margarita fué la que abrió la puerta á Touquet, el cual le dirigió las preguntas de costumbre sobre Blanca, y la vieja criada juró por su patrona que ningún hombre había hablado á la jóven.

Touquet despidió á Margarita, porque deseaba esperar solo al marques. Dieron las diez, y el barbero, que esperaba mil felicitaciones y una nueva recompensa, empezaba á inquietarse ya, cuando sintió llamar á la puerta, y el noble marques entró en la casa del barbero.

—Casi se me había olvidado nuestra cita, mi pobre Touquet, dijo el marques, dejándose caer sobre un sillón.

—¿Qué! ¿os olvidáis de una intriga de amor? permitidme que me sorprenda.

próximo año *despilfarrado* (porque llamarle año *económico* me parece un epigrama.)

Ya he visto que V. E. se ingenia bastante para sacarnos el poquisimo dinero que nos queda, pero me parece que siendo nosotros gente tan dispuesta a soltar la mosca, y teniendo el gobierno tan buena voluntad para dejarnos sin un real, se ha quedado V. E. bastante corto.

Verdad es que vamos a tener consumos, y que además pagaremos la capitación disfrazada de cédula de empadronamiento; que en lugar de los diez y ocho reales que acaba de costarnos, nos costará veinticinco en Enero próximo; cierto que vamos a necesitar papel sellado hasta para hacer la cuenta de la lavandera, y que hasta el portero de mi casa tendrá que pagar el cinco por ciento del duro que le doy todos los meses para que barra la escalera y cuide de alumbrarla por las noches. Pero ¿qué es eso comparado con la eternidad?

Absolutamente nada.
No señor. O somos o no somos economistas.
Las bromas, ó pesadas ó no darlas.
El hombre debe pagar por todo.
Y ¿á quién debe pagar? Es claro, al gobierno.
Vamos á ver.
¿Por qué he de estar yo ahora disfrutando gratis la luz del sol? ¿No es esto una injusticia?

Claro. Pues no hay más que imponer una contribucion sobre la luz.

Paga uno por todo, justo es que tambien pague por ver, sin lo cual no podría trabajar ni tendría dinero para satisfacer los impuestos.

Pues ¿y el aire? ¿Dónde me deja V. E. el aire?
Parece mentira que á un hombre tan listo no se le haya ocurrido poner una contribucion sobre el respirar.

Y cuidado que esto es lógico. Si se gravan todos los artículos de consumo, de nada se hace más consumo que de aire. Nuestros pulmones lo están necesitando siempre, pues que paguen contribucion los pulmones y aprendan á conocer lo que somos los economistas. ¿He dicho algo?

Pero señor, ¿y el agua?
¿Cómo se ha incurrido en la injusticia de olvidar al agua?

V. E. nos ha dicho que pagarán el aceite, el vino y el aguardiente. ¿Por qué no ha de pagar tambien el agua? ¿No es un liquido como los otros?

Venga pronto una contribucion por beber agua, y cuente V. E. con que será aprobada por la unanimidad de los borrachos. Y además la aprobaremos todos los economistas, puesto que ya está averiguado que no hay desatino que á los economistas no nos parezca una cosa sublimé.

Hay otras mil cosas sobre que se puede, y en justicia debe imponerse una contribucion.

Yo, cuando estoy desocupado, me paso muchos ratos por esas calles de Dios y del ayuntamiento, mirando á las muchachas bonitas que por todas partes circulan.

Es indudable que en esto encuentro un placer.
Impóngase pues una contribucion sobre las caras bonitas.

Esta contribucion la pagarán las muchachas guapas, porque siéndolo, se casarán más fácilmente, y justo es que paguen esa ventaja, y los hombres que las vemos por las calles, porque tenemos el gusto de verlas.

El día que yo no encuentre más que feas, ya iré al ministerio á pedir á V. E. que me vuelva el dinero.

Porque, eso sí, la legalidad ante todo.

Pues digo, si hubiera contribucion para echar discursos.

A los progresistas no les bastaria con el sueldo, y eso que todos se los han administrado mayúsculos. Así puede que se consiguiera que hablaran ménos, lo cual siempre sería una ventaja.

Ya he visto que ha recargado V. E. los derechos de las cruces, honores y títulos.

Mucho más debia haber sido.

Es necesario explotar las necesidades humanas.

Nada, todo el que quiera darse tono que lo pague.

Y si no se abusa en concederlas libres de gastos, no tema V. E. que yo critique al gobierno aunque cruce á todo el género humano.

Pero tambien en esto se ha quedado V. E. á la mitad del camino.

Yo haria una ley que dijera:

«Todos los españoles podrán obtener los títulos, cruces, honores y tratamientos que quieran, con tal de que paguen los derechos consignados en la tarifa correspondiente.»

Y la tarifieta sería una cosa del tenor siguiente:
Por el tratamiento de *Majestad*, un millón de reales.

Por el de Alteza serenísima, veinticinco mil duros.
Por el de Alteza sin serenar, veinte mil.
Por el de Excelencia, cinco mil.
Por el de Usia ilustrísima, quinientos.
Por el de Usia á secas, dos pesetas.

Así continuaria poniendo precio á los títulos de duque, marques, conde, á las cruces grandes, chicas y medianas, y de este modo explotaria eso que V. E. ha llamado oportunamente *la contribucion de la vanidad*.

Conque ¿qué le parecen á V. E. mis proyectos?
Yo creo, dejando á un lado la modestia, que no son del todo malos.

Hasta puede que entre ellos haya alguno bueno.

Si así fuera puede V. E. adoptarlo, patrocinarlo y presentarlo como suyo, que yo no me incomodaré por eso.

Y con esto no canso más. Consérvese V. E. bueno, y hasta la vista. He dicho.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Conclusion.)

Mi batallon era el que estaba peor situado.
Recibiamos el fuego de flanco, y peleábamos con el de cazadores de Madrid, que sin cesar nos atacaba, secundado por el resto de su brigada, y al mismo tiempo no dejábamos de recibir las granadas que disparaba por el frente la artillería.

Desde el principio del combate tuvimos muchas bajas, y yo en algunos momentos sentia grandes deseos de echar á correr.

Pero debo declarar que no tuve tanto miedo como habia tenido en Madrid el 22 de Junio.

El combate en el campo es más noble que en las calles, y como no corre uno el peligro de que le tiren un mueble ó le fusilen impunemente por la espalda, se encuentra más tranquilo.

Esto no quiere decir que yo lo estuviera mucho, pero sí que preferia batirme allí á andar tomando barricadas ó rompiendo tabiques en una ciudad sublevada.

El fuego de nuestra artillería fué tan certero, que la caballería enemiga, á pesar de que se portó con gran valor, tuvo que roplegarse, comprendiendo que iba á perecer toda, sin lograr ningun resultado.

La batalla por consiguiente, empezaba bien para nosotros.

Todo el deseo del general enemigo era que nosotros pasáramos el puente, para atraernos á la llanura, donde su caballería, muy superior en número á la nuestra, hubiera tenido una gran ventaja.

Pero felizmente nosotros no estábamos mandados por tontos; así es que ni un momento abandonamos nuestras posiciones.

La brigada que se batía á nuestro flanco no podia inquietarnos mucho, porque era demasiado débil para intentar nada serio, y nosotros teniamos sobrados elementos para rechazarla y mantenerla en una actitud respetuosa. Y en cuanto al ataque de frente, se hallaba reducido á tomar el puente, cosa muy difícil ó casi imposible.

Yo, á pesar de mi ignorancia, comprendia todo esto, y casi no tenia la menor duda de que el éxito de la batalla habia de ser favorable para nosotros. Si hubiera estado tan seguro de no recibir un balazo, mi felicidad hubiera sido completa.

Desgraciadamente veia caer muertos ó heridos á muchos de mis compañeros, y pensaba que de un momento á otro podia sucederme lo mismo que á ellos.

Esto amortiguaba mi entusiasmo, y me hacia disparar de mala gana.

La tarde iba avanzando, y el combate continuaba en los mismos términos que habia empezado.

El general enemigo se decidió á dar el golpe decisivo.

Ordenó sus columnas de ataque y preparó la acometida con un furioso cañoneo.

Al mismo tiempo, toda su infantería emprendió la marcha.

El fuego de cañon, el sonido de todas las músicas, el de las bandas de tambores y trompetas tocando ataque, y los vivas de los soldados, atronaban. El espectáculo era terrible y magnífico.

El regimiento del Rey, que tiene el privilegio de marchar el primero en todas las cargas á la bayoneta, avanzó con extraordinaria valentía, y llegó hasta la cabeza del puente; pero una horrible descarga de nuestra artillería le hizo retroceder, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Un viva inmenso se escapó de todos nuestros pechos. El enemigo no se desanimó por aquel descalabro.

Alamparo del fuego de cañon, se relucieron sus columnas, y el mismo regimiento del Rey volvió á la carga.

Iba anocheciendo.

Yo disparaba sin descansar un momento, y miraba con creciente interes lo que ocurría, cuando de pronto senti un dolor horrible en el brazo derecho, se me cayo la carabina de la mano, vi llena de sangre la manga de mi capote, senti que me faltaba la vista, que mi oido distinguia mal los sonidos, que el atronador estruendo de la batalla me parecia un zumbido extraordinario y confuso, y caí al suelo sin sentido.

XIII.

Cuando volví en mí me encontré en el hospital de Córdoba.

Por lo que allí oia comprendí que la batalla se habia ganado por los nuestros, y supe todos los acontecimientos que fueron consecuencia de aquel hecho de armas.

Confieso que no me inspiraban más que un interes muy secundario.

La herida que habia recibido en el brazo era sumamente grave, y esto absorbía toda mi atencion. La bala habia fracturado el hueso, y por consiguiente me veia condenado á perderlo.

Como no es mi objeto enseñar aquí un curso de cirugía, renuncio á describir la amputacion, que se realizó al dia siguiente de la batalla, y los detalles de mi curacion, que duró cuatro meses.

Cualquiera puede figurarse las tristes reflexiones que haria yo en la cama de un hospital, separado de mi familia, y mutilado por una causa que completamente desconocia.

En los primeros dias no nos faltaron obsequios y visitas.

La junta revolucionaria y todos los liberales de Córdoba, se desvivian por nosotros, nos obsequiaban y se disputaban el placer de asistirnos.

Pero los médicos pensaron que aquellos cuidados poco inteligentes podian sernos más perjudiciales que provechosos, y acabaron por prohibir severamente que entrara nadie, sobre todo á ver á los más graves.

Yo, sin embargo, tuve una visita.

Mi padre, que impaciente por no tener noticias mias habia escrito al teniente coronel y sabido por él mi desgracia.

A pesar de que su posicion no era muy desahogada, tomó el poco dinero que habia en casa y emprendió el viaje.

Nuestra entrevista fué terrible.

Yo, á pesar de que estaba prevenido por los enfermeros, al verle me eché á llorar como un niño, y pasó más de un cuarto de hora ántes de que pudiera hablar una palabra.

Él quiso aparentar serenidad para no aumentar mi afliccion con la suya, me miró dolorosamente en silencio, pero al cabo de dos minutos se dejó caer en la silla que estaba á mi cabecera, y murmuró sollozando:

—¡Dios mio! No puedo más.

Al saber que habia perdido el brazo, necesitó el pobre viejo todo su valor para no morir.

Yo hubiera querido consolarle, pero me era imposible.

El procuraba no afligirme; pero no sabia cómo mostrar una calma que no tenia.

Los cuatro meses que duró mi curacion, permaneció mi padre en Córdoba, agotando todos sus recursos.

Cuando fui dado de alta, recibí mi licencia absoluta por inútil, el capitan me envió mis alcances, y conseguí además un socorro para marcha.

Entonces pensamos en volver á Valencia.

Nuestro viaje fué tristísimo.

Yo luchaba entre el deseo de ver á mi madre y á mi novia, y el temor á la escena que tendria lugar entre nosotros cuando me vieran manco.

Ya sabian que lo estaba, pero hay cosas que parece que no acaba uno de creerlas hasta que las ve por sí mismo.

Por fin llegamos.

Mi madre salió á recibirnos. Yo me arrojé en sus brazos gritando: ¡Madre mia! Ella me contestó con un grito desgarrador: ¡Hijo de mi alma!

Ni á uno ni á otro se nos ocurrió nada más que decir.

Verdad es que aquellas palabras decian bastante.

Pasado el primer momento, busqué con la vista otra persona que echaba de ménos.

Mi madre comprendió lo que buscaba, y me dijo casi desfallecida:

—No viene.

Yo no me atreví á preguntar por qué causa, y em-

prendí con mis padres el camino de nuestra pobre tienda.
¡Qué aspecto tan diferente del que presentaba dos años y medio antes.

La mayor parte de los muebles habían sido vendidos para la manutención de mi madre, mientras mi padre estaba en Córdoba conmigo.

Algunos materiales y los útiles del trabajo permanecían en una alacena llenos de polvo y telarañas.

El estante donde mi padre tenía siempre algún calzado para vender á los que lo compran hecho, estaba completamente vacío.

Y Vicenta no estaba allí.

Mi madre se hizo cargo de mi extrañeza, y ántes de que yo hiciera ninguna pregunta, se apresuró á contestarme diciendo con una intención que no me podía dejar duda:

Hijo mío, desde hoy no tienes más que á tus padres.

Y como viera que yo iba á interrogarla, añadió:

—Ella es una buena muchacha, te quería y se hubiera casado contigo á pesar de todo, pero tú no puedes trabajar, te hubiera sido imposible mantenerla, y al hacer su desgracia hubieras aumentado la tuya. Por eso no he querido que te vea, y espero que tú no harás nada por verla.

—Tiene Vd. razón, madre, repuse yo.

Y no volvimos á hablar del asunto.

Al día siguiente mi padre volvió á emprender su trabajo.

Al poco tiempo nuestra casa recobró su antiguo aspecto.

Pero nada más que en la apariencia.

Había en ella que comer, pero faltaba la felicidad.

Mi padre comprendía que mientras él viviera y estuviese válido podría mantenernos; pero el día que nos faltara su trabajo, como mi madre y yo no contábamos más que con mi pensión de inválido, que ascendía á tres duros al mes, tendríamos que pedir una limosna.

Esta idea preocupaba al pobre anciano, y yo creo que acortaba su vida.

Yo, en los pocos ratos en que tenía bastante calma para meditar acerca de lo que me había sucedido, pensaba qué cosa sería esa libertad que después de darme tantos disgustos me había costado nada ménos que un brazo.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

CASCABELES

Pues señor, en dietas á los jueces, pago de taquígrafos, escribientes, etc. etc. para las oposiciones á una cátedra de anatomía, se han gastado cuarenta y ocho mil realitos.

Con que, ¡viva el lujo y quien lo trujo!

Antes no había estos usos ni estos abusos, pero ahora, como el Tesoro está rebosando... aire, ya es otra cosa; se puede gastar sin cuidado.

Castelar ha presentado en las Cortes una proposición para que el Congreso declare abolida la monarquía española.

¡Zambombal! dijo la princesa saltando un ojo á su abuelo; pues la cosa se va componiendo.

Aunque están ya alquiladas todas las habitaciones en San Sebastian, no por eso dejará de haber alojamiento para las personas que vayan de Madrid. Con las habitaciones sucede en San Sebastian lo que con las localidades en los teatros cuando va á haber función notable. Se especula con ellas tomándolas anticipadamente para cederlas después á mayor precio.

Conque no te apures, Mariquita, que irás á bañarte á San Sebastian, y se bañará también tu mamá á ver si se le quita aquel grano que dice que tiene, y yo se lo creo.

Llamamos la atención de nuestras lectoras aficionadas al piano sobre el anuncio de *Música nueva para piano*.

Es imposible encontrar música más barata.

Todos los meses se reduce considerablemente la deuda pública de los Estados Unidos.

Y aquí todos los días se aumenta.

Esto consiste en que allí los ministros de Hacienda entienden lo que traen entre manos, y aquí sucede precisamente al revés.

Pero todavía creerán nuestros funestos libre-cambistas que ellos saben más que los ministros de los Estados Unidos, y de todos los Estados del mundo.

Porque eso sí; á soberbios y poseídos de sí mismos no les gana nadie.

¡Jesus! ¡Qué calamidad!

Un presbítero publica en Motril un periódico titulado *La República*.

¡Valiente presbítero será ese!

¡Cuánto hablaban ántes de mandar los politiquillos que hoy mandan contra las corridas de toros!

Pero ahora ya es otra cosa; ahora todos los ministros y la mayoría de las Cámaras, y otras personas, no pierden corridita de toros, y hacen alarde de afición á ese espectáculo.

Ha habido una cuestión de etiqueta sobre el sitio que habían de ocupar en el banquete de Palacio los presidentes del Congreso y del Senado.

¡Hombre! esas cuestiones no me parecen muy democráticas que se diga.

Entre demócratas cumplimientos excusados.

Pero no es extraño; también los actores de los teatros tienen cuestión sobre quién ha de figurar primero en el cartel.

¡Válgame Dios! ¡en qué cosas se ocupan los hombres grandes de la política que tan caritos le salen al país!

¡Con que se quiere que los mozos de 20 años puedan sentar plaza de soldados *sin consentimiento de sus padres*...

¡Bravo! ¡bravo! Será una disposición esa digna de la *Commune*.

Este gobierno que nos manda hace pocas cosas, pero siempre disparatadas.

No lo puede remediar, disculpémosle.

La dirección de Comunicaciones va á poner en práctica el sistema de tarjetas postales, como se usa en Inglaterra y Alemania.

Es esta una clase de tarjetas, en cuyo reverso escriben los particulares cuantas noticias quieren, y el sello de franqueo, que es mínimo, va pegado á la misma.

Como está ya resuelto por el ministerio de la Gobernación, creemos que desde 1.º de Julio á más tardar se pondrá en práctica. Es un gran paso y un gran adelanto.

Esta reforma y la rebaja del timbre, nos parecen muy bien.

Dice un periódico ministerial que las situaciones pasadas abusaron en la concesión de cruces y distinciones.

Se necesita ser progresista para decir eso en una situación en que no hay ya perro ni gato (excepto los míos) que no tengan cruces españolas, italianas, portuguesas, egipcias y hasta turcas.

Se necesita mucha frescura para criticar en otros aquello en que ellos (los señoritos de la situación) han dejado atrás á todos los gobiernos.

La exposición de *El Fomento de las artes*, en el Retiro, continúa bastante concurrida.

Dedicaremos próximamente algún artículo á este modesto certámen, digno de llamar la pública atención, y que honra á sus iniciadores.

Debe mandarse en este tiempo que los perros salgan con cadena, como el mío, ó con bozal, en el caso de ir sueltos. Así se evitará que pueda ocurrir alguna desgracia.

Hacemos esta indicación á ruegos de una persona á la que acometió el otro día un perrazo, proporcionándole el susto consiguiente.

Hemos recibido el tercer cuaderno de las *Semblanzas contemporáneas* por Castelar, que se publica en la Habana.

Contiene las de Emilio Girardin y Daniel Manin, con el retrato del primero.

Los dos cuadernos anteriores, que contienen las semblanzas de Julio Favre y Bismark, Thiers y A. Dumas, se venden, como también el tercero, á 10 rs. cada uno en nuestra administración, plaza de Matute, 2, y en la librería de Durán.

Por falta de espacio no hemos podido hacernos cargo de un comunicado de un suscriptor de Zamora. Lo haremos en otro número.

¿Han ido Vds. á ver las figuras de cera, expuestas en la Carrera de San Jerónimo?

Pues vayan Vds., si no han ido, porque son de mucho mérito.

Digo, me parece á mí.

CHARADITA.

La primera con la cuarta muy perseguidos serán cuando apriete el calorillo que ya insinuándose va; terciá y prima en el café se debía de encontrar, pero en los de Madrid al ménos pocas veces se hallará; terciá y segunda en un toro la ves, si á la plaza vas; es prima, segunda y terciá producto de utilidad; y la primera y segunda sabe bien al paladar, y la ves en las escuelas, y en los templos la verás, y en cualquier estereria, y en tu cocina estará. Es el todo tan barato que acaso es lo que podrán comer los pobres maestros que nada pueden cobrar, y á quienes condena á muerte *la sistema liberal*.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º. En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusión de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el *ALMANAQUE DE LOS NIÑOS* para 1871.

Administración en Madrid, plaza de Matute, 2. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —3

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoración.

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnación.—Valencia, Dr. Año, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curación desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (5)

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora es de balde, porque de balde es dar por un real cuatro ú ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinero*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cues un real.

Cuatro schotischs: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *El dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perla* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habaneras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El serenito*, *¿Uf qué sofoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cues un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chipi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real.

Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano.

Se venden en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2.

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Castañilla 9 id. id. Carbon de entena 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

PRÉSTAMOS Y COMPRAS.

Sobre casas en Madrid y dehesas; hay dinero disponible; desde 2.000 á 50.000 duros; también se compran.—Abada, 15, 2.º izquierda.

AGUA NACARADA.

ORTELLS.

Esta agua hermosa, suaviza y devuelve al cútis su primitiva frescura, y hace desaparecer las pecas, granos y manchas sin perjudicar á la salud.

Conociendo el inventor el buen resultado y cualidades higiénicas del agua que ofrece al elegante público, omite todo elogio pomposo.

Precio de los frascos, 8 y 16 rs.

Unico depósito al por mayor y menor, peluquería de Ortells, Montera 21, principal, donde se reparten gratis los prospectos é instrucción para su uso.

Nota. En los pedidos desde una docena en adelante se hará una rebaja del 12 por 100 de descuento.

MADRID.—1871

IMPRESA DE EL CASCABEL, CALLE DEL CÍO, 4, (BARRIO DE REGOLET 8).